

TEMA GENERAL:
LOS CAPÍTULOS DEL 5 AL 8 DE ROMANOS: EL
NÚCLEO DE LA BIBLIA

Mensaje uno

La línea de la vida y la línea de la muerte vistas en los capítulos del 5 al 8 de Romanos

Lectura bíblica: Ro. 5:10, 12, 14, 17-18, 21; 6:4, 9, 16, 21-23; 7:5, 10, 13, 24; 8:2, 6, 10-11, 38-39

I. Los capítulos del 5 al 8 de Romanos pueden ser llamados el núcleo de la Biblia, porque muestran de modo concreto y detallado el tema completo de la Biblia:

- A. Estas dos palabras claves—*vida* y *muerte*—son mencionadas repetidas veces en Romanos 5—8; la vida (5:10, 17-18, 21; 6:4, 22-23; 7:10; 8:2, 6, 10-11, 38-39) y la muerte (5:12, 14, 17, 21; 6:9, 16, 21, 23; 7:5, 10, 13, 24; 8:2, 6, 38) forman dos líneas opuestas en los capítulos del 5 al 8: la línea de la vida y la línea de la muerte.
- B. Esto muestra que el hombre está en el centro de una situación triangular al encontrarse entre Dios y Satanás, entre la vida y la muerte; Adán abandonó el árbol de la vida, el cual denota a Dios como vida, para seguir el árbol del conocimiento, el cual representa a Satanás como fuente de la muerte—Gn. 2:8-9, 17; 3:1-7.
- C. El árbol de la vida hace al hombre dependiente de Dios (Jn. 15:5), mientras que el árbol del conocimiento hace que el hombre se rebele contra Dios y se independice de Él (cfr. Gn. 3:5).
- D. En Romanos 5 las palabras *transgresión* (v. 14), *delito* (vs. 15-18, 20) y *desobediencia* (v. 19) se refieren a la caída de Adán, la cual consistió en que Adán dejó la vida y escogió la muerte (cfr. Dt. 30:19-20).
- E. Cristo mismo es la vida de Dios, la vida eterna (Jn. 14:6a; 11:25; 1 Jn. 1:2); Él vino para que nosotros tengamos vida y para que la tengamos en abundancia (Jn. 10:10b); Él murió una muerte que libera la vida y entró en una resurrección que imparte vida (12:24) para llegar a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45) como la ley del Espíritu de vida (Ro. 8:2), dando así vida a nuestro espíritu, a nuestra mente y a nuestros cuerpos mortales, de modo que podamos ser absorbidos por la vida (vs. 10, 6, 11; 2 Co. 5:4) para llegar a ser la ciudad de vida, la Nueva Jerusalén (Ap. 21:1-2, 14, 17).
- F. El árbol de la vida y el árbol del conocimiento (el árbol de la muerte) tienen como resultado dos líneas —la línea de la vida y la línea de la muerte— que corren a lo largo de la Biblia y terminan en el libro de Apocalipsis; la vida comienza con el árbol de la vida (Gn. 2:9) y culmina en la Nueva Jerusalén, la ciudad del agua de vida junto con el árbol de la vida (Ap. 22:1-2), la luz de vida (21:23; 22:5) y la gloria de vida (21:10-11, 23); la muerte comienza con el árbol del conocimiento (Gn. 2:17) y culmina en el lago de fuego (Ap. 20:10, 14):
 1. El núcleo de la Biblia consiste en que Cristo ha sido revelado en nosotros como vida (Gá. 1:15-16a; Ro. 8:10) y que nosotros vivimos, tenemos nuestro ser y existimos por Cristo como vida divina (Fil. 1:19-21a; Jn. 6:57, 63); además, Dios nos ha puesto en Cristo (1 Co. 1:30) con el deseo de que seamos conformados a la imagen de Su Hijo (Ro. 8:28-29), de que seamos transformados a la imagen de Cristo para ser uno completamente con Cristo (2 Co. 3:18); ésta es la manera en la que seremos edificados conjuntamente como Cuerpo viviente de Cristo a fin de contener y expresar a Cristo para Su gloria y nuestra glorificación (vs. 8-11; 4:6-7; Ef. 3:21a; Fil. 3:21; Jn. 17:1, 4-5, 10, 22-24; Ap. 21:10-11, 23).
 2. Creer en el Señor es recibirlo como vida, y amar al Señor es disfrutarlo como vida, disfrutar a Aquel a quien hemos recibido; la fe nos es dada por Dios para que por medio de ella recibamos a Cristo como nuestra vida; el amor resulta de esta fe maravillosa y nos capacita para expresar en nuestro vivir todas las riquezas del Dios Triuno en Cristo como nuestra vida—2 P. 1:1; He. 12:1-2a; 2 Co. 4:13; Gá. 5:6; Jn. 1:12-13; 21:15-17; Col. 3:4.
 3. La propia vida que recibimos cuando creímos en el Señor Jesús es una persona, y amarlo con

el primer amor es la única manera de aplicar y disfrutar a esta persona; puesto que el Señor Jesús como nuestra vida es una persona, necesitamos un nuevo contacto con Él a fin de disfrutar Su presencia actual en este preciso momento y día tras día—Jn. 11:25; 14:5-6; 1 Ti. 1:14; Jn. 14:21, 23; 2 Co. 5:14-15; Ap. 2:4-7; Col. 1:18b.

4. Cuando lo amemos, Él se manifestará a nosotros, y Él y el Padre vendrán a nosotros y harán Su morada en nosotros (Jn. 14:21, 23); por tanto, necesitamos orar oraciones tales como: “Señor, muéstrame Tu amor y constríñeme con Tu amor para que yo pueda amarte y pueda vivir atento a Ti”; “Señor, mantenme amándote todo el tiempo”; debemos decirle al Señor continuamente: “Señor Jesús, te amo. ¡Señor, mantenme en Tu amor! ¡Atráeme contigo mismo! Mantenme continuamente en Tu presencia llena de amor” (cfr. Cnt. 1:1-4).
5. En libro de Romanos, después que Pablo nos muestra la operación de la justicia de Dios contada a nuestro favor, la saturación de Su santidad forjada en nosotros y la glorificación de Su gloria que resplandece en nosotros y por medio de nosotros, él nos introduce en el amor de Dios, el cual es el corazón de Dios—Gn. 2:8-9; 3:24; He. 10:19-20; Ap. 22:14; Ro. 4:22-24; 6:19, 22; 8:18-19, 21; 1 Co. 1:30; Ro. 5:5; 8:30-39; 1 Jn. 4:16-18.
6. Dios nos amó primero porque Él nos infundió consigo mismo como amor y generó en nuestro interior el amor con el cual lo amamos a Él y a todos los hermanos (vs. 8, 16, 19-21); por tanto, el amor que Dios tiene por nosotros llega a ser nuestro amor por Él y nuestro amor para con todos los hermanos.
7. Con base en esto, podemos cantar y orar: “Señor, te amo, mas no con mi amor, / Pues no hay amor en mí; / Te amo, Señor, mas es por Tu favor, / Pues vivo yo por Ti” (*Himnos*, #255, estrofa 1); “Todo corazón algo ama; / Si no es Cristo, no hay paz. / Mas mi corazón te ama; / Tómallo, es Tuyo ya” (*Hymns*, #547, estrofa 1).

II. Hoy en día el creyente es una miniatura del huerto del Edén: dónde está Dios como árbol de la vida en su espíritu, Satanás como árbol del conocimiento en su carne, y en medio de estos dos, su mente; nosotros estamos en el espíritu o en la carne; no existe un tercer lugar donde podamos estar—Ro. 8:6:

- A. A fin de vivir por el espíritu mezclado, esto es, el Espíritu con nuestro espíritu (v. 16; 1 Co. 6:17), debemos ver qué es la carne:
 1. La carne es el cuerpo que fue corrompido, contaminado y transmutado:
 - a. El cuerpo del hombre originalmente era puro, pero debido a la caída del hombre, Satanás se inyectó en el hombre y el cuerpo del hombre llegó a ser la carne—Gn. 3:6; Ro. 7:18a.
 - b. Nuestro cuerpo es “el cuerpo de pecado” (6:6) y el “cuerpo de esta muerte” (7:24); el cuerpo de pecado está muy activo y lleno de vigor para pecar contra Dios, pero el cuerpo de esta muerte es débil e impotente para actuar de manera grata a Dios (v. 18).
 - c. Mientras vivamos, hasta el día de nuestra redención, el cuerpo de pecado y de muerte siempre nos acompañará—cfr. 8:23.
 - d. La palabra *carne* también se refiere a todo nuestro ser caído; el hombre es completamente carne puesto que hoy el ser caído está bajo el dominio de la carne caída—3:20; Gn. 6:3a; Fil. 3:3-8.
 2. La carne es el “salón de reunión” y un compuesto del pecado, la muerte y Satanás; la carne es un caso perdido y jamás podrá ser mejorada—Ro. 7:17-18, 21; cfr. Jn. 17:15:
 - a. La carne está en enemistad con Dios, no se sujeta a la ley de Dios y nunca puede agradar a Dios—Ro. 8:7-8.
 - b. El pecado es Satanás mismo como “el mal” en nuestra carne (Jn. 17:15; Ro. 7:21); “el mal” es la vida, la naturaleza y el carácter malignos de Satanás mismo, quien es el pecado que mora en nosotros; cuando el pecado está inactivo en nuestro interior, es meramente el pecado, pero cuando éste se despierta en nosotros por querer hacer el bien, el pecado se convierte en “el mal”.
 - c. El pecado puede engañarnos, matarnos (v. 11), enseñorearse de nosotros, es decir,

ejercer dominio sobre nosotros (6:12, 14), y llevarnos a hacer cosas en contra de nuestra voluntad (7:17, 20); todas estas actividades muestran que el pecado es una persona viviente.

B. Por causa de Su economía, Dios —en Su sabiduría y soberanía— usa nuestra carne pecaminosa y aborrecible para obligarnos a volvernos a nuestro espíritu a fin de que ganemos más del Espíritu con miras a la edificación que Él efectúa mediante el crecimiento de Dios en nosotros— Col. 2:19; Zac. 4:6:

1. Desde la perspectiva jurídica, tanto Satanás como nuestra carne fueron condenados una vez para siempre en la cruz (Ro. 8:3; Jn. 3:14; He. 2:14; 2 Co. 5:21), pero Dios ha permitido que la carne permanezca con nosotros para ayudarnos y obligarnos a volvernos a Cristo en nuestro espíritu y a no tener ninguna confianza en la carne (Fil. 3:3).
2. Sin la ayuda que nos provee nuestra carne pecaminosa y aborrecible, no nos sentiríamos tan desesperados por ganar al Señor ni por que Él se forje en nuestro ser— Ro. 7:24-25; 8:2, 6, 13.
3. Es posible que tengamos por meta la santidad o la espiritualidad o la victoria, pero la meta de Dios es forjarse en nuestro interior para hacernos gloriosos; a menudo cuando nos encontramos en una situación difícil, estamos más abiertos al Señor y más dispuestos a volvernos a Él y a permitir que Él se forje en nosotros—vs. 28-29; Ef. 5:27.
4. Si lo buscamos a Él, incluso el compuesto pecaminoso de la carne llegará a ser una ayuda para que ganemos al Señor; debido a que fracasamos tan frecuentemente, nos sentimos desesperados por volvernos a nuestro espíritu y, de este modo, ganamos más del Espíritu—cfr. Éx. 23:23, 29-30; Jue. 2:21—3:4.
5. Nuestras dificultades, derrotas, fracasos y desilusiones nos obligan a comprender que no hay ninguna esperanza en la carne; la carne únicamente sirve para obligarnos a volvernos a Cristo en nuestro espíritu, instarnos a entrar en el espíritu, hacer que estemos desesperados por adentrarnos en el espíritu y hacer que nos mantengamos vigilantes para estar en el espíritu—Mt. 26:41; Ef. 6:17-18.
6. Al Señor no le interesa si experimentamos una victoria o no; al Señor sólo le interesa una cosa: que ganemos a Cristo como Espíritu—Fil. 3:8; 2 Co. 3:17-18.

C. Nuestro espíritu es un compuesto maravilloso: está compuesto de Cristo, el Espíritu y la gracia—2 Ti. 4:22; Ro. 8:16; Gá. 6:18:

1. Dios quiere que andemos conforme a este maravilloso espíritu compuesto (es decir, que tengamos nuestro ser y nuestro vivir, con todo lo que decimos y hacemos, conforme al espíritu)—Ro. 8:4; Fil. 1:19; 1 Co. 6:17; cfr. Éx. 30:23-25.
2. Únicamente aquellos que andan conforme al espíritu pueden ser miembros apropiados para la edificación de una iglesia local; si no tenemos tal andar, tarde o temprano causaremos problemas a nuestra iglesia local—Gá. 5:16-26.
3. Romanos revela que todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo lo que tenemos debe estar en el espíritu; todo lo que está en nosotros es vanidad a menos que esté “internamente”, en nuestro espíritu, y no “externamente”, en la carne; todo lo que Dios es para nosotros se encuentra en nuestro espíritu—Ro. 1:9; 7:6; 2:28-29; 8:4, 10, 13, 16; 12:11; Fil. 3:3; 2 Ti. 4:22.
4. Nuestro espíritu hoy en día es la verdadera Betel, la casa de Dios y la puerta del cielo; cuando nos volvemos a nuestro espíritu, estamos en el tercer cielo —el Lugar Santísimo—, donde tocamos el trono de la gracia y somos sustentados por Cristo para llevar una vida celestial en la tierra—Ef. 2:22; Gn. 28:12, 17, 19; He. 10:22a; 4:16.
5. En nuestro espíritu podemos vencer el mundo y el maligno no puede tocarnos; la única manera de vencer a Satanás es permanecer en la torre alta de nuestro espíritu regenerado—1 Jn. 5:4, 18; Jn. 3:6; 14:30.

III. En Romanos 5 estamos en Adán, en Romanos 6 estamos en Cristo, en Romanos 7 estamos en la carne y en Romanos 8 estamos en el espíritu; el Adán visto en el capítulo 5 lo

experimentamos en la carne en el capítulo 7, y el Cristo visto en el capítulo 6 lo experimentamos en el espíritu en el capítulo 8:

- A. Nosotros los creyentes en Cristo hemos experimentado un traslado en los hechos y en posición, el cual nos ha sacado fuera de Adán mediante la muerte de Cristo y nos ha introducido en Cristo mediante Su resurrección—6:3-8:
 - 1. En Adán heredamos el pecado que nos constituye pecadores (5:12a, 19a); heredamos la muerte que, por un lado, nos debilita, pues nos incapacita para hacer obras que agradan a Dios, y que por otro, reina sobre nosotros (vs. 12b, 14a, 17a); y heredamos la condenación bajo la ley para muerte (v. 16a).
 - 2. En Cristo hemos recibido el don de la justicia, la vida y la justificación bajo la gracia para vida, en la cual reinamos sobre todas las cosas con la gracia—vs. 17b, 18b, 21.
- B. Nosotros los creyentes en Cristo hemos experimentado un traslado en la práctica y en la experiencia, el cual nos ha sacado fuera de la carne (Adán en la práctica y en la experiencia) al ser crucificados juntamente con Cristo (6:6; Gá. 2:20), y nos ha introducido en el Espíritu (Cristo en la práctica y en la experiencia) mediante nuestra unión con el Espíritu (Ro. 8:16a; 1 Co. 6:17); dicho traslado en la práctica y en la experiencia fuera de la carne y en el Espíritu lo experimentamos de las siguientes maneras:
 - 1. Debemos poner nuestra mente en el espíritu mezclado para vida y paz, y no debemos andar ni tener nuestro ser conforme a la carne, sino conforme al espíritu mezclado para el cumplimiento de los justos requisitos de la ley—Ro. 8:4-6.
 - 2. Debemos entronizar a Cristo como nuestro Rey a fin de que sea el trono de la gracia y el trono de gloria en el centro de nuestro ser—He. 4:16; Is. 22:23; Mt. 8:8-10; Ez. 1:22, 26.
 - 3. Esto tiene por finalidad que podamos ser llenos de Su presencia rectora para que seamos entronizados como reyes y reinemos en vida con gracia sobre todas las cosas por la abundancia de la gracia y del don de la justicia—Ro. 5:17b, 21; Jn. 1:16.
- C. El máximo resultado de estos dos traslados divinos será una consumación gloriosa, eterna y corporativa, la Nueva Jerusalén, la cual es la totalidad de la vida eterna como incorporación universal del Dios Triuno consumado y procesado y el hombre tripartito procesado y consumado—Ap. 21:3, 9-10, 22; 22:17a.